



DESARROLLO ECONOMICO Y CULTURA

Rafael Vargas Hidalgo

E

s fácil comprobar que la mera transferencia de recursos no determina el desarrollo económico de un pueblo.

Si lo contrario fuera cierto, numerosos países ya habrían conquistado su desarrollo como consecuencia de las cuantiosas inversiones que han recibido a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, período en el cual se ha intensificado la ayuda internacional.

En este sentido lo primero que se debe investigar es la naturaleza y conveniencia de esa «ayuda». El caso más notorio es el de los «préstamos atados» que obligan a adquirir mercancías en el país donatario, que en realidad viene a ser el beneficiario. Hay innumerables otras cuestiones que se deben analizar en materia de cooperación externa, por ejemplo, el tipo de proyectos de desarrollo que se financian, la verdadera necesidad que se tiene de

ejecutar algunos de esos proyectos, el perjuicio de ciertos proyectos que estimulan la adquisición de bienes y contratación de consultores en los países industrializados, el grado de endeudamiento (y, por ende, de dependencia) que producen esos proyectos, la justicia de los intereses y condiciones que gravan los préstamos internacionales, etc.

La complejidad del subdesarrollo limita la posibilidad de explicarlo cabalmente utilizando solo los postulados de una sola teoría, como la de la dependencia y la expansión de las empresas transnacionales. Esas tesis ayudan a entender el fenómeno, pero no dan respuestas completamente satisfactorias.

Entre los innumerables elementos que determinan el subdesarrollo hay uno esencial que pasa invariablemente desapercibido: la influencia de la cultura en el progreso social y económico. En efecto, son varias las formas en las cuales la cultura modela el nivel de desarrollo. He aquí algunos ejemplos. La adaptabilidad de una cultura a las modernas formas de producción, mercadeo y transacción permite a una nación responder mejor al reto de la competencia internacional. Las actitudes culturales determinan cómo son usados los limitados recursos materiales de una sociedad. El grado y tipo de cultura condicionan la organización social para proveer servicios, dividir el trabajo y repartir la riqueza. La cultura determina la actividad política, especialmente el nivel y tipo de debate público, y las decisiones gubernamentales en cuanto éstas resultan de realce que se da a determinados valores.

Por esta razón, el estímulo a las actividades culturales debe constituir tarea prioritaria de un Estado. Sin embargo, la acción gubernamental en esta esfera es extremadamente limitada en el Tercer Mundo, salvo el apoyo a la educación (sobre todo, la científica y tecnológica, y las campañas de alfabetización) porque erróneamente se cree que ella es la única parcela en el vasto campo cultural que puede traer beneficios materiales a la sociedad. Esta deficiencia deriva del hecho que la cultura es considerada un lujo y de la creencia que en lo económico no juegan una parte esencial los factores netamente humanos.

La gran ventaja de quien se nutre de cultura sobre quien la ignora es la conciencia de la complejidad de la realidad, la relatividad de las verdades y la innumerabilidad de causas y efectos que nos rodean. Pareciera una ventaja de poca monta y sin embargo determina actitudes mentales completamente opuestas porque el hombre de cultura tiene una percepción más rica de la realidad. Cuando el amor por la cultura se extiende a todo un pueblo, la imaginación general se estimula, lo cual redundará en una gran variedad de soluciones a los problemas, la actividad productiva es más sofisticada y existe mayor tolerancia en lo ideológico. Es por esta razón que el incremento del número de bibliotecas, museos, salas de exposición, cursos vespertinos para los trabajadores, difusión de la música, constituye una inversión relativa al desarrollo económico y no meramente a la recreación.

Es fácil comprender el efecto que tiene en el desarrollo económico de una nación la actividad de científicos, técnicos, ingenieros... Incluso muchos aceptarán que el escritor, con sus ideas y denuncias, contribuye al progreso material. Pero el resto de los agentes culturales pasan desapercibidos como obreros del desarrollo. Por ejemplo, el pintor, que en verdad es uno de los personajes principales de una sociedad. Las formas y colores que crea producen en los espectadores, además de las impresiones estéticas, fenómenos inconscientes, de analogías y símbolos, que estimulan la actividad creativa. Quizás cuántas teorías científicas son el producto de los procesos mentales que ha despertado una pintura. Y lo mismo se puede decir de la música, sobre todo de aquella más compleja y abstracta que llamamos clásica.

Considerando el valioso aporte que los artistas hacen al progreso material y social, resulta completamente inaceptable las penurias económicas y dificultades de expresión que ellos sufren en la generalidad del Tercer Mundo. El mejoramiento de esta situación es la única forma de estimular los talentos y atraer a los mejores elementos de la juventud a este tipo de actividad.

La cultura tiene importancia en el proceso de

desarrollo desde múltiples otras perspectivas. Por ejemplo, el bagaje cultural que impera en una sociedad determina el nivel del diálogo universitario, la profundidad con que los periódicos pueden tratar los problemas y la sofisticación de las respuestas que la burocracia da a los asuntos que debe resolver.

La cultura tiene además importancia en la ejecución de los proyectos de desarrollo. Desde luego, éstos deben respetar la cultura local y tener en cuenta la realidad antropológica de la población beneficiaria; por ejemplo, no se puede imponer, como ya ha sucedido, la utilización de fertilizantes químicos entre quienes no los saben manejar y han visto la eficacia secular de los naturales. Por otra parte, el éxito de un proyecto dependerá esencialmente de su capacidad de crear una actitud cultural de apoyo y participación entre los beneficiarios, ejecutores y cuadros administrativos.

La cultura constituye el elemento motor de un proceso de desarrollo. Los ministerios encargados de ella deberían jugar un papel tan importante como los de finanzas en la actividad política de los países del Tercer Mundo, debiendo recibir partidas presupuestarias conmensurables a su trascendental labor. El aporte de los artistas e intelectuales al progreso material debe ser compensado con un justo nivel de ingresos que les permita intensificar su tarea. Los valores culturales de una sociedad no deben ser destruidos en nombre de conveniencias económicas.

Para impulsar las actividades culturales en el Tercer Mundo se requiere una mayor conciencia gubernamental de su importancia como factor determinante del desarrollo económico. En esta cruzada se requieren, además, muchos recursos y estímulos; la entusiasta participación de los propios agentes culturales; y una mayor posibilidad de expresión de los artistas e intelectuales, tocándole en ello una responsabilidad ineludible a los medios de información, universidades y museos. Por otra parte, es justamente en el aspecto cultural donde la cooperación de los países ricos con los pobres demuestra su

mayor debilidad: las obras pictóricas maestras, los más importantes conjuntos musicales, las más interesantes piezas arqueológicas, viajan mucho, pero siempre entre Estados Unidos, Japón y los países europeos. El Tercer Mundo también necesita participar en este intercambio cultural.

Una mayor riqueza de la vida cultural, además de darle un contenido más profundo a la existencia, crea las condiciones necesarias para incrementar la riqueza material.



